



FORMACIÓN DE LAICOS-AS Y JESUITAS PROVINCIA CENTROAMERICANA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Comisión de Espiritualidad.

Eje 4: Vida comunitaria y Trabajo en Equipo

Tema 1.6. Sentir con la Iglesia desde la Espiritualidad Ignaciana

Sentir con la Iglesia desde la Espiritualidad ignaciana

A modo de contextualización introductoria

La Contrarreforma fue la denominación para el renacimiento católico romano del siglo XVI, enfatizando que la reacción al desafío protestante fue el tema dominante del catolicismo del momento. Al movimiento también se le llama Reforma Católica y Renacimiento Católico, ya que los elementos de la reforma y reactivación católicas fueron anteriores a la Reforma Protestante y fueron, al igual que el protestantismo, una respuesta a la generalizada aspiración de regeneración religiosa que impregnara a la Europa de fines de siglo XV.

Ahora se comprende mejor que las dos reformas, protestante y católica, a pesar de creerse en oposición, tuvieron muchas similitudes y se basaron en un pasado común: la reactivación de la predicación, ejemplificada por grandes predicadores pre Reforma, como Jan Hus, Bernardino de Siena y Savonarola; la Cristo-céntrica y práctica mística de la Devotio Moderna; y el movimiento de reforma eclesiástica encabezado por el Cardenal Ximenez de Cisneros en España, pero bien representado también por obispos reformadores en Francia y Alemania. A veces se describe la Contrarreforma como un movimiento español.

Se sabe que en la España del siglo XVI se escribieron más de tres mil obras místicas, lo que sugiere que el misticismo fue un movimiento popular, pero los principales místicos españoles fueron tres aristócratas: Teresa de Ávila (1515-82), Juan de la Cruz (1542-91), e Ignacio de Loyola (1491-1556). Dos de los tres grandes instrumentos de la Contrarreforma, a saber, la Compañía de Jesús y la Inquisición, provinieron de España. El tercero fue el Concilio de Trento, que finalmente fue convocado en 1545 después de la constante presión del emperador Carlos V, nieto de Fernando e Isabel, los grandes monarcas reformadores de España.

Fundada en 1540, la Sociedad de Jesús (jesuitas) fue la más notable de las nuevas órdenes de sacerdotes (clero regular), que vivían entre los fieles en lugar de retirados en monasterios; otras órdenes incluyen a los Teatinos (1524), Somasquis (1532) y Barnabitas (1534).

Los jesuitas se orientaron a la atención a los pobres, la educación de niños varones y la evangelización de los paganos. El jesuita español Francisco Xavier (1506-52) incluyó a Goa, en el sur de la India, y a Ceilán, Malasia y Japón entre sus sorprendentes viajes misioneros. Al morir Ignacio la sociedad contaba alrededor de mil miembros en la administración de cien fundaciones; un siglo más tarde había más de 15.000 jesuitas y 550 fundaciones, lo que demuestra la sostenida vitalidad de la Contrarreforma. La Inquisición romana fue establecida en 1542 por el Papa Pablo III para suprimir el luteranismo en Italia. El cardenal Caraffa, su Inquisidor General, más tarde Papa

Pablo IV (1555-59), ordenó tratar a los herejes en altos cargos con la mayor severidad, "porque de su castigo depende la salvación de las clases debajo de ellos". La Inquisición romana alcanzó su punto álgido durante el pontificado del santamente fanático Pío V (1566-72), extirpando sistemáticamente a los protestantes italianos y asegurando a Italia como base para una contraofensiva al norte protestante.

La corrupta jerarquía de la Iglesia Católica Romana fue notoriamente reformada a raíz del Concilio de Trento: proliferaron las diócesis en zonas donde se estimaba que había una especial amenaza protestante; los obispos llevaban a cabo frecuentes visitas a sus diócesis y fundaron seminarios para la formación del clero, y el número de edificios eclesiástico y de clérigos aumentó considerablemente.

El más enérgico de los Papas reformadores, Sixto V (1585-90), estableció quince "congregaciones" o comisiones para preparar los pronunciamientos y la estrategia papales. Algunas conversiones protestantes fueron revertidas bajo la dirección de teólogos como Robert Bellarmino (1542-1621) y Pedro Canisio (1521- 97). La Contrarreforma en general, y el Concilio de Trento en particular, fortalecieron la posición del Papa y las fuerzas del clericalismo y el autoritarismo, pero no se deben desconocer las bases auténticamente espirituales de esos acontecimientos

La Iglesia no es el invitado que ha llegado a última hora, sino que ha estado presente desde el inicio. San Ignacio no tuvo necesidad de hablar de ella desde los comienzos del mes de Ejercicios, pues vivía en una cultura totalmente permeada y transida por las realidades sobrenaturales. Más aun, la Iglesia se vivía como rectora y árbitro de todas las realidades temporales, desde el fuero interno controlado por una Inquisición, hasta el fuero más externo de la política, con la coronación y la unción de los monarcas. Pero en nuestros tiempos, el ejercitante llega muy distinto...

Dinámica eclesial en los Ejercicios ignacianos¹

En los EE está la presencia de la Iglesia. Es más, la eclesialidad es el marco en el que todo el proceso tiene lugar. Es verdad que tienen un marcado acento personal (el que da y el que recibe los EE). Y es que a Ignacio "no se le ocurre explicitar la eclesialidad en que discurre la experiencia entera. No está ahí el problema a resolver. El problema lo siente Ignacio en la inconsecuencia personal, de quien, viviendo en el seno de la Iglesia, ha vivido para sí mismo, sordo al llamamiento, lleno de riqueza y crecida soberbia, en la inconsecuencia de los primeros binarios. En esa inconsecuencia está el impedimento de la auténtica eclesialidad, y a ella enfoca Ignacio su artillería".²

En la actualidad, ya sería ingenuo presuponer la eclesialidad de nuestros ejercitantes. Es más, vienen demasadamente marcados por la experiencia personal individual. Si no marcamos de entrada la presencia de la Iglesia, corremos el peligro de favorecer un intimismo espiritualista o puramente ético. Deberíamos trasladar el N^o 170 a toda la experiencia de los EE, y no sólo a la elección. Así como no se puede presentar la persona de Cristo desvinculada del Reino (desvinculamos persona y misión), así tampoco existe un Reino sin la Iglesia. Se puede ampliar esta unidad Cristo-Reino-Iglesia en los números 14-21 de la Redemptoris Missio, o bien en con el reciente documento de Aparecida, N^o 382.

¹ Aquí estoy resumiendo el capítulo II del libro "Sentir la Iglesia", de Jesús Corella, sj.

² Corella, pág 58.

El presupuesto

Modelo de relación: “todo buen cristiano ha de estar más pronto a salvar la preposición del prójimo que no a condenarla” [22]. Actitud abierta, confiada. Relación que se establece entre el que da y el que recibe los ejercicios y que se han de establecer posteriormente en la Iglesia. Es una relación eclesial, catequética. Dice Antonio Guillén³:

“El que da los EE representa, en cierto sentido, la garantía visible eclesial a los ojos del ejercitante. La relación entre ambos es una relación genuinamente eclesial: de fe compartida, de escucha reverente a la voz del Señor, de comunicación de carismas y de dones, de acción de gracias y adoración en común. Ejercitador y ejercitante forman el “mínimo eclesial” que garantiza la presencia del Espíritu... los EE y el método entero están asentados sobre esta “mínima comunidad de dos personas”, cada una de las cuales tienen un papel limitado pero perfectamente delimitado y necesario.”.

El principio y fundamento

PyF marca el deseo de expresar la ordenación divina, como punto de partida de todo lo que sigue. Esta ordenación incluye a la Iglesia, como incluye a Jesús, único principio y fundamento que se nos ha dado. ¿Cómo separar a Jesús de su cuerpo, la Iglesia? Si “las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para que le ayuden”, entonces la Iglesia es ayuda, es mediación para conseguir el fin para el cual somos creados. Es ver la Iglesia en los planes de Dios, querida y pensada por Él en su misión de llevar a los hombres al encuentro con Jesucristo. Es ver la Iglesia como lugar donde aprendemos a alabarle, reverenciarle y servirle, con los demás y en los demás.⁴

Un Cristocentrismo eclesial

Jesús es la clave del sentido eclesial del Principio y Fundamento, y también a lo largo de todos los Ejercicios. La Iglesia casi no aparece en ellos con entidad propia, en cuanto contra distinguida de Jesús, sino que está implícitamente en el Cristo-Centro de los Ejercicios. “Los Ejercicios son eclesiales en cuanto son cristocéntricos; y de tal manera son cristocéntricos, que no pueden menos de ser eclesiales”⁵.

Es necesario partir del misterio mismo de Jesús resucitado, para no caer en un Jesús reducido en exceso a una persona humana, a su propia individuación, perdiendo de vista la universalidad de su señorío, “Cristo Cabeza”, íntimamente relacionada con la de “Cristo Total”.

El “Cristo Total” es la clave del PyF. Él es el fin primordial del ser humano y de la creación entera; y se va realizando a través de la Iglesia.

Al referirse mal a Cristo en los Ejercicios se produce una des-eclesialización, en la que se separa a la Iglesia de su Esposo.

La primera semana

El primer encuentro con el Señor Jesús está previsto “imaginando a Cristo N.S. delante y puesto en cruz” (EE 53). Es Jesús ya crucificado y por lo tanto ya glorificado. La salvación, por lo tanto se da llevándole a la Iglesia, haciéndole miembro suyo. La Iglesia sale al encuentro del ejercitante de la mano de Jesús. Este es el cristocentrismo ignaciano.

Si hay verdadero conocimiento interno de los pecados, las referencias a la Iglesia han de ampliarse necesariamente, y el ejercitante debe:

Percibir que su pecado personal afecta a la Iglesia. No solo por su repercusión social sino porque

³ En Revista Manresa 268, Enero-Marzo 2001.

⁴ Ver lo que recientemente ha dicho Aparecida (Nº 155-156), sobre la vocación al discipulado misionero como una *convocación* a la comunión en su Iglesia. Es decir, no hay discipulado sin comunión.

⁵ Corella, pág. 62.

rompe la unidad orgánica del cuerpo que es la Iglesia. Una parte del cuerpo se separa y desvitaliza.

Percibir el pecado de la Iglesia, su realidad como pecadora, e implicarse en el mismo. La Iglesia es pecadora porque yo soy pecador y yo soy Iglesia. La Iglesia es santa y pecadora a la vez, pertenece a su misterio. Lo importante es percibir el pecado en la Iglesia y mi pecado como una única realidad. De la misma forma que me reconozco pecador, así también reconozco mi pertenencia a un cuerpo pecador.

Percibir sus pecados contra la Iglesia. Esto es importante para desarrollar una relación humilde y filial con ella. No hemos tratado a la Iglesia conforme al amor que Jesús tenía por ella. Quizá la hemos tratado como un objeto, una estructura, como pura institución... y así colaboramos a que ésa sea su imagen ante el mundo. No hemos puesto el corazón en ella.

En el N° 42 tenemos un adelanto de las Reglas, al hablar del examen general (leer). La aceptación de los preceptos y recomendaciones hechos por la Iglesia deben entrar en la consideración de nuestro examen, como así también en la meditación de nuestros pecados. Lo importante no es “cumplir” con indulgencias y cruzadas (ya fuera de época para nosotros), sino cómo cuidamos de la Iglesia como parte de ella, o si nos sentimos ajenos, deteriorándola en nuestras valoraciones interiores, actitudes, o con nuestras críticas.

Pecados contra la Iglesia, a los que ella responde intercediendo (EE 60). Entre las criaturas de las que se admira Ignacio que le hayan dejado con vida, están “los santos”, es decir, la Iglesia ya plenamente lograda, definitivamente incorporada a Jesús y amorosamente cercana al pecador (por el que intercede y ruega).

Ignacio recomienda hacer la confesión general después de los Ejercicios de la Primera semana. Es la rúbrica final de la conversión interior, objetivo principal de ella. En el seno de la Iglesia y con un representante suyo, encuentra el ejercitante que su conversión es aceptada. La vuelta a la casa del padre se hace palpable en la acogida de la comunidad eclesial. No solo de forma espiritual sino también de forma tangible, relacional.

Segunda Semana

Se intensifica la dinámica eclesial. De haber vivido en la “no-iglesia” (por la ruptura de fraternidad que trae el pecado) se pasa a la construcción de la Iglesia. O en términos paulinos, “a la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef 4, 12). Ésta es la voluntad del Rey eterno.

El llamado de Jesús es universal (“todo el universo mundo”, EE 95), pero a la vez concreto para cada ejercitante. Al decir sí, el ejercitante es convocado a la Iglesia, y la misión universal que se le ofrece exige una comunidad universal y concreta, no un seguimiento indeterminado. Hay un designio de Iglesia –nunca mejor empleado el nombre- en esa convocatoria universal.

En la meditación del Reino, el Jesús que llama es el Señor Resucitado, presente en el Espíritu, siempre actual y universal. Llama hoy en cuanto Cabeza de la Iglesia, para la construcción del Cristo Total. No es una simple evocación emotiva del Jesús de Nazaret llamando a sus discípulos.

La oblación de mayor estima y momento (EE 98), que los ejercitantes hacen en su deseo de imitar a Jesús, pasando injurias, vituperios y toda pobreza, se hace “delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los sanctos y sanctas de la corte celestial”. Es decir, delante de la Iglesia ya definitivamente incorporada al Rey Eterno.

Esta oblación se orienta a la elección, la cual no consiste en formar francotiradores, sino buscar el propio puesto de combate en la Iglesia.

Dos Banderas

El que responde generosamente al llamado del Rey debe saber, ya en concreto, a qué se compromete, cuáles serán sus coordenadas cristianas en las que deberá pensar su futuro, para no dejarse engañar por apariencias. Banderas es una meditación de discernimiento.

Sin embargo, no podemos encasillar esta meditación dentro de un planteamiento puramente individual. Es necesario un planteamiento eclesial, ya que los problemas acerca de los caminos de Jesús son universales. Y así orienta Ignacio su meditación:

“Llama y quiere a todos debajo de su bandera...”

“El Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles... y los envía por todo el mundo... por todos estados y condiciones de vida.”

“...que a todos quieran ayudar...”

Al pedir “ser recibido”, el ejercitante no siente que debe hacer la guerra por su cuenta. Sabe que es enrolarse en un Cuerpo, formado por personas, siervos y amigos de Jesús. Éste grupo es muy numeroso, de carácter universal.

Es posible ver en ésta meditación dos cosas:

La iglesia formada por una comunidad de hombres y mujeres elegidos, convocados, catequizados y enviados por Jesús. Resuena el “para estar con Él y para ser enviados” de Mc 3, 13.

Un programa de renovación eclesial inspirada por el BE: Se busca la transformación del ejercitante y también de la misma Iglesia. Es el modo como Ignacio propone la reforma de la Iglesia. La transformación se opera desde dentro poco a poco, con un mismo sentir y en tensión hacia Jesús.

Tres Maneras de Humildad

Son la última prueba de aptitud para entrar en las elecciones. Lo ordinario es que se las considere como un test de nuestra relación prácticamente privada con Jesús. Es necesario ensanchar el planteamiento del ejercicio, en busca de su riqueza social y corporativa, en relación a la Iglesia. Es en ella donde estamos llamados a realizar estas tres maneras de humildad. Ella nos enseña los mandamientos, nos enseña que es pecado, nos inicia en el amor de Dios y nos orienta hacia el Señor. Es necesario descubrir el horizonte eclesial de este ejercicio.

En la primera manera, la Iglesia es para el ejercitante el lugar de “la salud eterna” (EE 165). Preceptos mínimos a cumplir por obligación. Hay unos mandamientos a cumplir, unos sacramentos a recibir, y a cambio se me da la salvación. Todo como una relación mecánica.

En la segunda manera, la Iglesia es el lugar de la búsqueda del mayor servicio divino, del discernimiento. Es una institución en orden a la perfección cristiana. En ella encontramos las escuelas de espiritualidad, la experiencia del discernimiento de los santos.

En la tercera manera la Iglesia ya no es un lugar ni una mediación institucional para salvarse, ni para discernir la perfección cristiana. Es un lugar de radicalidad en el puro amor. Más aún, en esta 3ª manera la Iglesia se funde con Jesús, se hace una sola carne con Él... en mí. El ejercitante que siente este latido de amor vive la Iglesia dentro de él, la vive como Esposa. Ella es el lugar esponsal donde florece el amor personal a Jesucristo. Mi amor a Cristo es amor de Iglesia a su Esposo. ¿Cómo ama la Iglesia a Jesús sino en el amor a Jesús de sus miembros?

Elección y reforma de vida

Dos cosas que Ignacio tiene en cuenta en el momento de las elecciones:

La actitud del que entra en ellas. (la indiferencia y la limpia intención (169), que brotan del

apasionamiento por el último fin: Jesús y su Reino).

El contenido de las mismas. (debe tener ciertas características: eclesialidad o sentido de Iglesia, entre otras.)

Lo que el ejercitante vaya a elegir será la forma concreta de ser él en la Iglesia, de “militar en ella”.

Aún en el 3º tiempo de elección, en tiempo tranquilo y usando las potencias naturales, para zanjar el riesgo de ser natural en exceso, Ignacio nos vuelve a recordar el presupuesto de eclesialidad, elegir “dentro de los límites de la Iglesia” (177).

Ignacio cierra la segunda semana con la frase: “Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales cuanto saliere de su propio amor, querer en interés” (EE 189). Este criterio puede tener diversas realizaciones:

Ascética personal: no me busco a mí mismo.

Clave social: sale de sí socializando lo propio, mis bienes.

Clave eclesial, es pasar de la individualidad a la eclesialidad. Es salir del propio amor al común amor de quienes forman con él un solo cuerpo. Salir del propio querer al querer de la Iglesia. Es abrirse a la Iglesia, y confiadamente renunciarse en ella.

La Tercera Semana

El ejercitante entra con Jesús en el proceso de su Pasión, para configurarse con Él, hasta ser un hombre nuevo en la Resurrección.

Todo esto es pura Iglesia. Jesús padece y muere para construir la Iglesia. Ella nace de su costado, en la Cruz, como Esposa suya. Al contemplar los Misterios de la Pasión, descubro el verdadero sentido del Bautismo y la Eucaristía, que son la base de la Iglesia.

Para entrar en la Iglesia hay que morir, al igual que Jesús, que con su muerte la engendró. No hay otra *manera* de ser cristiano de verdad. Identificándonos con Jesús en su muerte, participamos de su fecundidad eclesial, hasta el punto de poder llegar a sentir a la Iglesia como esposa propia, porque brota de mi pasión y mi cruz.

La Cuarta semana

La experiencia de Iglesia llega a su plenitud. Esta semana es ya “tiempo de Iglesia”. Su objetivo fundamental es llevar pedagógicamente al ejercitante desde Jesús hasta la Iglesia, para que Él le ponga en ella retornando al Padre.

Con la Resurrección, el ejercitante es encontrado por el Señor Jesús (se le aparece). Se compenetra con Aquel que, ejerciendo “el oficio de consolar” (224), reúne a los dispersos y los vuelve a la comunidad. Así, desde el Espíritu Consolador, hace la Iglesia.

Para el ejercitante, sumergirse en la Pascua constituye su iniciación cristiana y eclesial. Resucitar con Jesús significa romper con Él las barreras de la propia limitación individual, para dar paso en sí mismo a la Iglesia. Así uno es constituido en Iglesia.

Es una nueva manera de existir, comunitaria, definitiva y desbordante; pero que necesita tiempo de asimilación, así como fue el período pos-pascual de los discípulos. Es tiempo para vivir la experiencia del desarrollo de la Iglesia en él, tiempo para salir de sus intereses individuales y percibirse renacido a un Cuerpo colectivo.

Para lograr este objetivo hay una pedagogía utilizada por Jesús Resucitado:

Pedagogía eclesial de las apariciones del Resucitado, durante 40 días, dando muestras de que vive y hablándoles del Reino. A través de ellas, Él busca tres cosas:

Asentar la fe en su Resurrección. Pasar de una presencia “en la carne” a una presencia “en el espíritu”. Esta nueva presencia debe ser tan viva que los discípulos estén dispuestos a dar su vida por confesarla. Congregar a los dispersos. Convocarlos en la Iglesia.

Transmitir a esa Iglesia así reunida, su misión. Enviarla como el Padre lo envió a Él.

La contemplación de la Ascensión clausura las contemplaciones de Jesús y deja al ejercitante en total disponibilidad y apertura hacia el futuro. Ya el ejercitante no añora una relación prepascual, como tanto la añoró Ignacio. Existe Jesús con su Cuerpo, y nadie podrá separarlos nunca más: sería apagar la gloria del Resucitado.

La contemplación para alcanzar amor es una profunda experiencia de Pentecostés, que sirve para dejar al ejercitante en plena sintonía con el Espíritu y la Esposa.

Conclusión

AQUÍ ES DONDE SE ENTIENDEN LAS REGLAS PARA SENTIR LA IGLESIA: sirven para no perder la sintonía eclesial con el Resucitado, alcanzada en la 4ª semana. Si las sacamos de este contexto se utilizan indebidamente. Solo quien ha alcanzado la identificación con Jesús, y vive en comunión y amor, está capacitado para ser ayudado con estas reglas. Es más, “renacido en este misterio, se encajan e incluso aprovechan las expresiones populares de la vida de la Iglesia, su jerarquía, su doctrina teológica, sus comendaciones y mandamientos. Incluso se encajan las inconsecuencias y debilidades. Un instinto nos llevará a lo que edifica la Iglesia, evitando lo que la destruye. Y ese instinto, que nace del amor, nos hará crecer en la verdadera libertad dentro de ella, porque el mismo Espíritu nos hará libres.”⁶

El sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener [EE 352]

(Extractos de la ponencia del P. Peter-Hans Kolvenbach, sj a la Asamblea General de la Comunidad de Vida Cristiana CVX, en Nairobi, Agosto 4, 2003)

Les agradezco la invitación a participar con ustedes en esta Asamblea de CVX. Deseo ahora comentarles lo que San Ignacio entendía por “**el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener.**” [EE 352] Estas reglas parecen simplemente un agregado a los Ejercicios espirituales, y tenemos la tendencia a ignorarlas, diciendo que se refieren a una Iglesia militante que aparentemente no es la de nuestra época, o que exigen una actitud hacia la Iglesia que no parecer ser la que propone el Concilio Vaticano II.

Algunos directores o guías de Ejercicios consideran que estas reglas de San Ignacio para “sentir con la Iglesia” están ya tan superadas y son tan incómodas, que prefieren ocultarlas y no mencionarlas a los que hacen Ejercicios. Actuar así es olvidar que en la cuarta semana San Ignacio nos invita a participar en la fundación de la Iglesia por medio de los encuentros con el Señor resucitado, y que San Ignacio consideraba estas reglas para “sentir con la Iglesia” como una consecuencia de las reglas para discernir espíritus, puesto que sólo el Espíritu nos da el verdadero sentido de Iglesia en un discernimiento orante. Para aprender de San Ignacio a crecer en unión con la Iglesia no dejaremos de lado los Ejercicios, más bien queremos descubrirlos gracias a su experiencia de Iglesia, que algunos consideran “dramática”.

Desde el Concilio Vaticano II la Iglesia ha estado comprometida en una tensión entre tradición y progreso, entre la continuidad y el cambio. El mundo es ahora un territorio de misión y la Iglesia busca responder a la llamada a una nueva evangelización, que es en la vez antigua y siempre nueva. Basta leer los periódicos o mirar la televisión para saber de las tensiones en temas litúrgicos o de verdaderos conflictos en temas éticos, aproximaciones diferentes a la necesaria

⁶ Corella, op.cit., pág. 77.

inculturación de nuestra fe.

La obediencia de Ignacio es una de fidelidad concreta a la jerarquía real y visible de la Iglesia, no a un ideal abstracto. Nosotros pertenecemos a la Iglesia, compartimos sus alegrías y dolores, sus martirios y sus escándalos, porque la Iglesia es y siempre será una comunión de santos y pecadores, de triunfos y tragedias, de la cual formamos parte.

El contexto eclesial en que vivió Ignacio es bastante diferente del nuestro. Pero existe una profunda atadura mística que trasciende las particularidades de su siglo decimosexto. Arraigados en la fe de que el Espíritu guía a la Iglesia, esa unión mística nos hace desear crecer por amor en la unidad de la Iglesia, porque el Señor ama a la Iglesia, a nuestra Iglesia, como el esposo a su esposa.

Si sólo miramos a la Iglesia con los ojos de un miembro de una ONG multinacional nunca percibiremos el misterio que hay en ella. Esto no significa que debemos negar la realidad de la Iglesia, sino mirarla con ojos nuevos. El cuadro no estará completo mientras no veamos trabajando simultáneamente en ella al poderoso Espíritu del Señor y a la débil mano humana.

Y si nuestro amor a Jesucristo, inseparable de nuestro amor a su esposa la Iglesia, nos lleva a buscar la voluntad de Dios en cada situación, también puede obligarnos a hacer una crítica constructiva y amorosa basada en un profundo discernimiento. Este también podría llevarnos a permanecer por el momento en silencio. Sin embargo, nunca puede justificar una falta de solidaridad con la Iglesia, de la que nosotros nunca ni en forma alguna nos distinguimos o separamos.

En cierta forma San Ignacio vivió la experiencia de comunidades de vida cristiana en la Iglesia, puesto que era miembro de la confraternidad del Espíritu Santo, una de las precursoras de CVX. Mucho tiempo antes del establecimiento de las Congregaciones Marianas en 1563, donde se encuentran las raíces de CVX, la vida eclesial se vivía en confraternidades. Como lo sugiere la palabra, eran una iniciativa de los laicos en la Iglesia. Se organizaban en gremios de acuerdo a sus tareas profesionales – gremio de artistas, de constructores, de comerciantes – y deseaban vivir en ellos como las primeras comunidades cristianas, cuyos miembros, creyentes en el Jesús Resucitado, estaban juntos y tenían en común todas las cosas: vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón.

Como sucede aún hasta hoy, había un movimiento de laicos que crecía “desde abajo” gracias a su creatividad en la fe. Y ciertamente no era una Iglesia en oposición o al margen de la Iglesia jerárquica. Pese a ser autónomas, hasta el punto de escoger a un sacerdote para que las asistiera y las vinculara con la Iglesia, las confraternidades jamás se consideraron una Iglesia paralela. Eran conducidas por el Espíritu y vivían, según lo describe San Ignacio a partir de su propia experiencia, “creyendo que entre Cristo nuestro Señor, el esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas.” [EE 365]

En este contexto creativo, en esta diversidad inflamada por un mismo Espíritu, el jesuita Jean Leunis fundó la primera congregación, que se llamó mariana porque se reunía en la pequeña capilla romana de la Anunciación. Se mantiene en ella la tradición de las confraternidades, porque hay en ella grupos específicos, especialmente de estudiantes muy jóvenes, deseosos de orar juntos. Es significativo que el P. Leunis cambia el nombre, de confraternidad a congregación. Las confraternidades eran principalmente una creación espontánea de laicos. El reglamento o pacto interior del grupo era decidido por esos mismos laicos, quienes invitaban a un sacerdote para acompañarlos.

Contemplemos la experiencia de Ignacio. Era el mes de septiembre de 1539. Ignacio ya había puesto por escrito las grandes líneas de su espiritualidad, de su proyecto apostólico, que darían

origen a CVX y a los Jesuitas. Ignacio no va a conservar celosamente esos tesoros espirituales para sí solo o para su grupo de compañeros. Así como más tarde no reservará para los Jesuitas la propiedad de los Ejercicios Espirituales, sino que los entregará al Santo Padre para que hagan obra de Iglesia, así también ahora hace llegar sus planes y documentos al Papa Pablo III. En coherencia con el “Tomad, Señor, y recibid”, para Ignacio no tienen valor en sí mismos ni su servicio apostólico ni su misión; Su única razón de ser es la mayor gloria de Dios, confirmada como servicio por la mediación del Santo Padre, vicario de Cristo en la tierra. Ignacio hace llegar a Pablo III el resultado de su discernimiento para no equivocarse el camino, como dice él mismo. El Papa escuchó la lectura de los proyectos de Ignacio, leídos por el Cardenal Contarini, y lo interrumpía para decir: en realidad, el espíritu de Dios está aquí, o, verdaderamente el dedo de Dios está allá.

Hay algo que hoy se nos puede escapar en este gesto de Ignacio. Estamos tan habituados a que los Papas sean personas de un gran valor moral – un regalo del Señor de la Viña –, que nos cuesta imaginar un Papa que lleva una vida inmoral. **Durante sus 25 años de pontificado, Juan Pablo II ha sido criticado por la prensa, pero jamás se ha cuestionado su integridad moral. En cambio, el Papa Pablo III, que Ignacio considera la mano de Dios, no se había distinguido por sus principios morales y santos. Tenía cuatro hijos, y como Papa favorecía a su familia, hasta el punto de no vacilar en nombrar cardenales a dos de sus descendientes, uno de 14 años y el otro de 17. Al llegar a una edad madura, Pablo III tomó conciencia del lamentable estado de la Iglesia, de la conducta escandalosa de la curia romana, y comenzó a preparar una reforma de la Iglesia. A ese hombre, a ese Vicario de Cristo, Ignacio presenta sus escritos y de él espera la aprobación de su espiritualidad, de su proyecto apostólico.**

Para Ignacio, la Iglesia militante – o la Viña del Señor, como la llama después – es una Iglesia de pecadores. Es el misterio de la luna, como se decía mucho antes de Ignacio: una luna de rocas y arenas que aclara nuestras noches y tinieblas con la luz que recibe del sol. La gracia de ver a Dios en todas las cosas permitía a Ignacio discernir los signos de Su presencia aún en la oscuridad de la Iglesia. Por esos signos reconocía al Señor presente entre nosotros. Hoy no son signos los que faltan, sino nuestra capacidad amorosa de descubrirlos

Tampoco se contentaba con ver en Pablo III – pese a todo – al Vicario y representante de Cristo en la tierra. Ignacio quería recibir de él la misión, para no errar en los caminos de Dios. Este recurso al Santo Padre ciertamente no excluye el discernimiento orante y activo en las comunidades, al contrario, lo exige para reconocer concretamente lo que el Señor espera de CVX al servicio de su Esposa, la Iglesia. El Espíritu nos mueve por medio de las ideas y exigencias del Concilio Vaticano II. Juan Pablo II no cesa de ofrecernos sus orientaciones y proyectos apostólicos, suscitando nuestra colaboración, puesto que el Señor, de quien es Vicario en la tierra, quiere contar con nosotros.

San Ignacio se fundamenta en aquel episodio y en otros semejantes para incluir dos consejos en los Ejercicios Espirituales. (EE 365) El primero es que para acertar en todo debemos siempre sostener, que lo que yo veo blanco creeré que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina. Pero no debemos forzar el texto a decir lo que Ignacio no dice. En concreto, si una cosa es blanca, es objetivamente de color blanco y ni la misma autoridad eclesiástica puede declararla negra. Sin embargo, Ignacio habla de una visión subjetiva: yo veo y creo que una cosa es blanca. Así como Ignacio veía su futuro en Tierra Santa, la Iglesia, por su parte, con toda objetividad, para evitar desórdenes en la ciudad santa, no quería que vagabundos como Ignacio permaneciesen allí.

Por tanto, para acertar en todo, es necesario reunirse, buscar y escuchar en espíritu de comunión lo que el Señor dice a su Iglesia, aún cuando nuestra cultura moderna considere toda autoridad como opresora. Este reconocimiento de la Iglesia en el discernimiento, que prepara nuestra misión, ciertamente no excluye el diálogo y el razonamiento, la conversación y la consulta. Al fin del camino, siempre está el riesgo del salto en la fe, que pese a su lado oscuro sin duda será fuente de luz para nosotros.

Se dice a veces que es más fácil creer en Dios, que siempre permanece invisible, o creer en Jesús, que ya no vive entre nosotros al modo humano; pero creer en el misterio de la Iglesia es más difícil, porque está visiblemente presente y habla en voz alta y clara; tanto que corremos el riesgo de no ver en ella, con los ojos de la fe, la presencia invisible de la Trinidad Santa, de la cual vive la Iglesia en todo. Por esta razón, Ignacio no teme la comunión con la Iglesia en la realización de su misión, y ese es su segundo consejo. En la Iglesia local, como también en CVX, “es el mismo Espíritu quien nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas.” (EE 365) Es el Espíritu quien da el sentido verdadero de Iglesia, tanto cuando Ignacio debe inclinarse ante una decisión de la autoridad eclesiástica, como cuando discute con sus compañeros cómo resolver los problemas de servicio a la Iglesia, o cuando se siente movido a discernir la necesidad de nuevas iniciativas o de puntos de vista renovados: siempre es el mismo Espíritu. Pidamos, con las mismas palabras de Ignacio, que el Espíritu de amor nos ayude a discernir lo que Dios desea de nosotros, para que podamos llevarlo a cabo en cuanto Comunidad de Vida Cristiana.

PROGRAMA DE FORMACIÓN DE JESUITAS Y LAICOS.

Comisión de Espiritualidad. Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús.

Tema 7. Mes agosto del 2011.